

otros, porque esta fué su costumbre aunque fuesen cien mil, si no era en la guerra, y por este orden iban al templo, y llegados, hacian su reverencia y mesura abajadas las cabezas é inclinados los cuerpos; allí se encomendaban á sus dioses.

Luego el segundo sacerdote en dignidad por el orden y número de los seis, traia un incensario de barro, el cual era hecho á manera de sartén, lleno de ascuas, y el Sumo Pontífice sacaba con su propia mano de un calabazuelo que servia de naveta, olores muy aromáticos, y poníalos en el incensario, y aquel sacerdote segundo alzaba tres veces hacia el cielo aquel humo, como incensando al sol y hacia el cielo, porque de allá decian que habian venido los otros dioses.

Acabada esta ceremonia, y reverencia, y sacrificio nuevo, luego el mesmo Pontífice tomaba el incensario é íbase al dios principal é incensábalo tres veces, y de allí por su orden iba á los otros, á cada uno de los cuales no incensaba más que una vez.

Después volvía el incensario al dicho sacerdote, que parecia hacer oficio de diácono, é incensaba al Sumo Pontífice y después á los otros sacerdotes.

CAPITULO XVI

De la religión y sacrificios de los Totonos, con muchas cosas dignas de ser sabidas.

Ya queda tratado atrás de los dioses y sacerdocio de los Totonacas; agora, pues, vamos tratando de los sacrificios; será bien que particularmente tratemos de los que ellos hacian, y otras cosas religiosas que ellos trataban creyendo acertar.

Cuanto á lo primero, el ordinario y común sacrificio que estas gentes hacian, era que luego que el sol salia por la mañana, el Sumo Pontífice que dije que se llamaba en su lengua papa, salia de su aposento, y en pos dél todos los demás ministros en ringlera, unos en pos de

Este incienso iba echado de mano del Pontífice, y tocaba con su mano el fuego, como santificándolo.

Hecho esto, aquellas ascuas y lumbré que estaba en los incensarios se repartía en cuatro partes y poníase en los altares.

Los demás sacerdotes todos tenían incensarios y derramaban la lumbré así mismo por los altares, que eran redondos.

Asentábanse luego el Pontífice y los otros ministros, y llegada la hora de las ocho ó nueve, venía el Rey ó señor principal del pueblo muy acompañado de toda la nobleza, y entraban en el templo; pero primero se descalzaban á la entrada, y llamaban estos calzados Cotaras, y Cacles, en lengua de México. Hecho esto, en entrando en el templo decían estas palabras: *Sálvete Dios; Ayúdanos y consérvanos en tu servicio.*

Y después desto gastaban un poco de tiempo en rezar sus oraciones, las cuales acabadas, íbanse para el Pontífice y para los otros sacerdotes, y bajaban sus cabezas y decíanles:

—«El gran sol y sus dioses te conserven la vida por muchos años.» Y con esto se despedían.

Esto que hacían los señores no era de obli-

gación, más hacíanlo de voluntad y por devoción, y así no era cada día si no querían, pero como estaban tan bien acostumbrados, jamás faltaban unos ú otros á la dicha hora.

El Pontífice y sus ministros hacíanlo porque eran obligados á ello, y en ninguna otra cosa se ocupaban todo el día, y sólo esto era su oficio; la otra gente común y del pueblo no era obligada á venir á esta ordinaria devoción si no querían; solamente los sábados ó último día de la semana, que era el treceno, eran obligados á venir al templo grandes y menores á la mañana, y presentábanse en los patios á una hora, y luego comenzaban los señores y caballeros á hacer reverencia al mayor ídolo, y cada uno por sí se sacrificaba desta manera:

Traía veinticinco pajas juntas, como una escoba, y en la mano una navaja, y con sus manos se hería delicadamente la punta ó pico de la lengua, y hacia un agujero, y por allí metía las veinticinco pajas, y sallale mucha sangre por el movimiento que hacía con las pajas.

Otro sábado, que era de allí á trece días, volvían al templo y heríanse los muslos; y otro sábado de los pechos, otro de los brazos, otro de las manos, en fin, de todos los miembros se sangraban.

Al cabo del año los sacerdotes, después que habían celebrado sus ceremonias y sacrificios, traían un sacristán ó ministro del templo unas escudillas llenas de cierto betumen negro, con el cual se untaban y tiznaban, de manera que ningún negro de Guinea podría serlo tanto como ellos lo parecían, y á obra de las diez del día se recogían en sus aposentos y salas, y allí asentados en sus sillas por su antigüedad, venían también los ministros menores tiznados y traían la comida de los sacerdotes.

Comían algunas veces carne, otras legumbres y otras veces variaban la comida; acabado de comer comenzaba el Pontífice mayor á contar historias y las memorias de sus antiguos primogenitores, loaban al Sol, y decia los provechos que traía al linaje humano.

Otras veces sobre mesa trataban de la gobernación de los pueblos, y ordenaban algunas leyes, en fin, siempre se trataba allí del provecho común.

Llegada la hora que nosotros decimos de vísperas, salíanse los sacerdotes fuera del pueblo ó ibanse á pasear por unos montes arriba, por donde se recreaban y espaciaban y luego se volvían á recoger en sus aposentos.

Después de esto el segundo sacerdote acudía

al templo y avisaba á los sacristanes que tuviesen cuenta con guardar bien los dioses y que estuviese todo el templo y el demás aparato muy limpio.

Tenían sus semaneros los oficios, porque así hubiese mayor cuidado.

Nunca faltaba fuego en el templo, continuamente ardía y lo proveían de leña.

Estos sacerdotes comían de limosna que daban los grandes señores, y así nunca les faltaba lo necesario.

Tenían tres mujeres que los servían y estas eran de grande edad.

Tenían por ley religiosa circuncidarse, y así á los veintiocho días llevaban los padres el niño ó niña al templo y lo entregaban al mayor sacerdote y á los demás, y tendían sobre una piedra que servía desto, á la criatura, y con un cuchillo de piedra circuncidaban al niño, cortándole el capullito del miembro viril, y aquello que cortaban quemabanlo y hacíanlo ceniza. A las niñas también, en lugar de circuncisión, las hacían cierta ceremonia, y era que el gran sacerdote y el segundo corrompían la niña con sus propios dedos y mandaban á la madre que llegada á los seis años, ella misma, con sus dedos renovasen el corrompimiento.

Tenian un género de comulgar abominable y cruel, y era que de tres en tres años mataban tres niños y sacábanles los corazones, y de la sangre que de allí salía, y con una goma que llamaban Vlli, que sale de un árbol que se cría en tierra muy caliente, con este licor ó goma, y con la sangre de aquellos niños, y mezclando cierta semilla, que nacía dentro de los huertos de los templos, hacía una cierta confección.

Esta tenían por cosa santísima y llamábase en la lengua mexicana Yoliaymtlaqualoz, que quiere decir manjar del ánima.

Deste manjar usaban á semejanza de comunión, y tenían este precepto, que de seis en seis meses los hombres de veinticinco años habían de comulgar y las mujeres de dieciseis.

Era espantosa la reverencia y veneración y humildad con que los sacerdotes administraban esta comunión, dando á cada uno un poquito, poniéndoselo en los labios, y la persona que lo recibía lo tomaba con extremado temor y temblor, cuando aquella masa se secaba desleíanla con otra sangre de corazones de los que sacrificaban.

Esta misma comunión ó superstición usaban los de las provincias de Chiapa, y otras de Nueva España.

De aquella goma llamada Vlli usaban en aquella nación ofrecer sacrificio á sus dioses, así envuelta en papeles, como untando á los ídolos por los bezos y carrillos, y tan embadurnados estaban algunas veces, que tenían más de un dedo de costra, y aquello denotaba gran devoción en los naturales.

Mudaban entonces á los ídolos los vestidos cada mes, y estaba un día desnudo y este día le ponían muchos manjares delante y cacao, que es cierta fruta principal, allí le ponían gallinas y conejos, y todo género de caza.

Después otro día le vestían otras ropas nuevas, teníanle gran reverencia al tiempo que le vestían y desnudaban.

Y hecho esto volvíanlo al lugar en donde estaba de asiento, porque el día que estaba desnudo, quitábanlo del altar grande y principal, y puesto allí, comían los sacerdotes todo lo que le habían puesto el día antes delante.

Cada año en ciertos días llevaban los vecinos sus ídolos que tenían en casa al templo, y poníanlos juntos al dios grande, y allí los tenían cinco días. Después cada uno tomaba los suyos y se volvía á casa; pero llevábanlos en procesión y cantando muchos cantares que para esto tenían ordenados.

Tenian estos Totones tres fiestas principales en el año las cuales celebraban con gran reverencia y solemnidad, la una era casi por la nuestra Pascua de Navidad, en la cual se vestían los sacerdotes de sus vestiduras sacerdotales y los caballeros y señores se aderezaban también ricamente.

Los templos en esta fiesta eran ricamente aderezados y enramados, y todo el suelo estaba cubierto de muchas diferencias de flores, y hojas de árboles.

Los señores principales cantaban muchas diferencias de coplas y endechas en loa y honra de los dioses, dándoles gracias por las mercedes que les hacían.

En esta fiesta no faltaba nadie en los templos, desde el más viejo hasta el niño que mamaba, y puestos por su orden se sentaban en los patios en cuclillas, como siempre lo usan; tenían los ojos muy bajos y estaban con gran silencio, de manera que siendo grande la multitud no parecía estar nadie, entonces estaban rezando mentalmente, y en lo interior, y esto hacían con gran devoción, y veíase esto ser así, en que gemían y suspiraban y lloraban amenudo, luego venían los sacerdotes y se asentaban en unos respaldos de juncos y desde ellos, en diversas

partes del patio, comenzaban á predicar, y allí representaban, como nosotros en nuestros sermones, la solemnidad y fiesta, y lo que persuadía aquel día tan solemne, duraba el sermón dos horas y nadie se desayunaba hasta aquella hora ni se meneaba del lugar á donde se ponía al principio.

Acabados los sermones, levantábase el tercero sacerdote y poníase delante del sumo sacerdote y pedíale licencia para hablar, y esto hacía teniendo inclinada la cabeza, ó como el diácono cuando toma la bendición para decir el Evangelio, y dada la licencia poníase en lugar adonde fuese oído y visto de todos, y comenzaba á pregonar y á decir que supiesen todos que se había criado el cielo y la tierra y todas las alturas, y toda la universidad de las criaturas, por el gran Dios, que era el Sol, que en su lengua nombraban Chichibi.

Item que había de venir el hijo del Sol al mundo, para renovallo y producirlo de mejores cosas, las cuales ellos ignoraban, para que con menos trabajo pudiesen pasar la vida.

Daban por ello á entender que los panes habían de ser más purificados y sustanciales, y las frutas más sabrosas.

Item que las vidas de los hombres habían de

ser más largas y durar más tiempo, y que de allí adelante no había de haber lacería ni dolor, y así les prometía otras mayores cosas.

Y acabado esto convidaba á todos que estuviesen presentes á la solemnidad del gran sacrificio que se había de ofrecer aquella noche.

Acabado su pregón y amonestación, todos se iban á sus casas muy pagados y contentos, con intención de volver á la hora señalada, unos según que tenían más devoción venían á prima noche y otros algo más tarde; empero á media noche todos se hallaban presentes, vestidos lo mejor que cada uno podía.

El pueblo común sentábase por el patio, los señores tenían sus bancos alrededor del templo.

Estaban en medio del patio una piedra de pedernal muy aguda y cuando todos estaban ya sollegados salían los sacerdotes y el pontífice Máximo, vestidos todos con sus hábitos sacerdotales y muy tiznados, y llegando á sus asientos se sentaban por orden, puestos todos los estados de gentes por sus grados, mandaba el pontífice sacar de una mazmorra ó cueva que estaba debajo del templo, dieciocho hombres y mujeres, tantos hombres como mujeres, los cuales salían empapelados y tiznados, de la mane-

ra que salían los sacerdotes; traían en las manos unos bastones gruesos y labradas en ellos figuras de culebras, pájaros y otras sabandijas.

Estos se iban á sentar junto á la piedra de pedernal que estaba derecha, asentados y estando todo el pueblo en gran silencio, el gran pontífice les comenzaba á hacer una ordenada plática, la cual dirigía á los que habían de morir, y deciales que eran bienaventurados, porque habían sido escogidos para ir delante del gran dios el Sol, y suplicarle en nombre de aquel pueblo que les enviase á su hijo, para que los librase de tantas miserias y trabajos, mayormente de aquel que tenían de sacrificar hombres, porque lo tenían por terrible carga y les era gran tormento y dolor. Y que si lo permitía por sus pecados por no haberle servido, y que quería dar á otras gentes la tierra, que ellos prometían de allí adelante ser mejores y servirle fielmente.

Entonces los tristes que habían de ser sacrificados respondían: Que así lo harían con diligencia y hablarían al gran dios, y le rogarian que enviase su hijo.

Hecho esto, luego se levantaba el Sumo Pontífice y los sacerdotes, y los demás señores y caballeros y los otros ministros, y comenzaban

á tañer unos atambores muy roncós y tristes, y otros cantaban con voces bajas y llorosas en alabanza del gran dios y de los otros menores.

Fenecido el canto y música dolorosa volvíanse á sentar todos, y el sumo sacerdote arriábase á la piedra muy arremangado y los sacerdotes traían uno á uno á los desventurados hombres y mujeres y poníanlos de espaldas sobre el pico y punta de la piedra, y animando al paciente, el Pontífice y sacerdotes, el uno dellos le tomaba el un brazo y el otro otro, y otros dos de los pies, y los otros dos por los costados, y así tendido y atado, tomaba el Pontífice un cuchillo de piedra pedernal y dábale una cuchillada en la tetilla izquierda tan larga como dos palmos entre costilla y costilla, sin que el sacrificado hablase ni se quejase, antes con gran esfuerzo, como el que creía que iba enviado delante de Dios para bien y utilidad de todo el pueblo, sufría aquella crueldad.

Hecho esto, sacábale el corazón dando saltos y abierto, daba con él en los hocicos del mayor ídolo del templo y desta manera pasaban todos los cuerpos de los sacrificados; después de muertos echábanlos de las gradas abajo y de allí los ministros los llevaban á las cocinas adonde los hacían pedazos, y enviaban después piezas de

ellos á los señores y personas de cuenta, y cualquiera que podía alcanzar un bocado pensaba quedar santificado.

Este mismo orden se guardaba en las otras dos fiestas que celebraba esta gente.

Esta provincia ni las demás de Indias no acostumbraban á sacrificar hombres antiguamente, mas después que los mexicanos vinieron á la tierra, introdujeron esta cruel y abominable religión; de antes sus sacrificios eran unos animalejos y frutas y flores; ni tampoco tenían tantos dioses, mas solamente al Sol.

De lo que aquí se ha tocado en este capítulo, parece como no hacían de su voluntad el sacrificio de los hombres, pues enviaban mensajeros al Sol, que los librase de tan grave yugo y servidumbre.

Y si por algún buen título nuestros españoles comenzaron á conquistar la tierra, fué por desarraigar cosa tan contra Dios y naturaleza.

Allende de aquellos sacrificios que se hacían en las grandes fiestas, cada semana por vía de sacrificio ordinario, convidaban á los dioses, dándoles diversos manjares por comida, y esto tan guisado y aderezado como si realmente lo hubieran de comer.

Daban por vía de religión, y entendiendo que servían en ello á Dios, limosna á los pobres, y ésto muy liberalmente, y por este respecto habia en los templos trojes grandes llenas de maíz, y despensas adonde habia otras muchas cosas que daban de limosna.

Así mesmo los vecinos de los pueblos que eran cojos, tullidos ó no podían trabajar, los mantenían de aquello que allí estaba depositado.

También tenían hospitales en esta provincia, como en otras, según que atrás queda apuntado, adonde recibían y curaban los enfermos.

Tenían una notable ceremonia y obra y acto de religión, en que parecían y mostraban su fé y opinión que tenían del dios grande y de los otros dioses, y esta era una confesión vocal, y hacíanla desta manera:

Confesión vocal.

Cada uno se apartaba á un rincón de su casa y ponía las manos á manera de quien mucho se cuita y acongoja, á veces torciéndolas, y enclavando unos dedos con otros y llorando, y los que no podían derramar lágrimas, cuitábanse y gemían, otros se iban á los montes, otros á

las fuentes, otros á los rios, otros á los templos, en los cuales lugares cada uno confesaba á sus dioses todos los pecados y obras malas que habia hecho.

Esto hacían con todas las señales de contrición que se podían esperar de cualquiera devoto cristiano.

Túvose por cierto que en Chiapa confesaban al verdadero Dios sus pecados, y aun cuenta el obispo de Chiapa en su *Apología* (Cap. 167), que algunos se acusaban de haber adorado ídolos, y daban por causa, el gran miedo que tenían del demonio y porque sus padres lo acostumbraban.

Esta confesión hacían dos veces en el año, á ciertos tiempos, y los días en que se ejercitaban en aquella obra religiosa, nunca se reían, ni tomaban algún pasatiempo, más solamente se daban á llorar y dolerse de sus pecados, llamábase en la lengua mexicana esta confesión *Mayolcuita*.

Esto es lo que toca á la religión de los Totonacos ó Totonacas.

provincia ó pueblo con todos los señores principales, y trataban con el sumo pontífice y los demás sacerdotes de la fiesta que venia ó de la necesidad que ocurría.

Allí se determinaba que se hiciesen sacrificios, y de qué se habían de hacer.

Cuanto al tiempo y hora de hacer el sacrificio, no lo determinaban ellos, ni se atrevían, mas echaban suertes y aquello que salía hacían y no más ni menos.

Para echar estas suertes hacían esto:

Llamaban á su astrólogo ó adivino y hechicero y comunicábanle la fiesta y la necesidad y el sacrificio, y pedíanle que echase suertes é hiciese sus diligencias para saber cuál día sería dichoso y mejor, para ofrecer su sacrificio y cumplir con su devoción.

El, luego sin detenerse, comenzaba á poner por obra sus hechicerías y embustes, y declaraba cuál día era felice y próspero, y pronunciábalo, y daba sus razones para ello, y de tanta fuerza era lo que decía, que no había que mudar un punto de lo que él determinaba. Sabido el día echaban los sacerdotes la fiesta con su vigilia.

Y ésta era: que todos, chicos y grandes, habían de apartarse de dormir con mujeres, aun-

CAPÍTULO XVII

De la religión y sacrificios, con otras cosas curiosas de la provincia de Guatemala.

Dos maneras ó diferencias tenían estas gentes de Guatemala, de sacrificios; unos generales, que todo el pueblo y comunidad ofrecían en las fiestas que celebraban, y otros particulares que cada vecino y persona particular ofrecía, según su devoción y la necesidad que tenía.

Los universales sacrificios ó se ofrecían ordinariamente cuando venían las fiestas, las cuales había en unas provincias cinco, y en otras seis, ó se ofrecían por necesidad particular por cualquiera destos dos respectos, una vez por una habían de entrar en consejo el señor de la

que fuesen casados, y duraba la vigilia sesenta y ocho días, y á veces llegaba á ciento, según la fiesta y necesidad lo pedía.

En todos estos días se había de sacrificar, derramando toda sangre de sus brazos, piés, muslos, narices, orejas, lengua y de todos los miembros del cuerpo, y esto se hacía dos veces al día, y á la noche ponían incienso á sus dioses.

Después lavábanse los sacerdotes y así iban continuando su penitencia y aparejo para entrar en la fiesta, pero cada vez que sacrificaban, se entiznaban.

Los hombres en común, no se bañaban, mas tiznábanse, y aquello era como un cilicio y ornamento de penitencia.

Ninguno dormía en su casa en todo este tiempo, mas en ciertos portales y casas que había cerca del templo hechos para este propósito, todos guardaban con gran rigor todas las cosas que se mandaban, porque allende de que si se quebraba alguna y pasaba por la pena señalada; tenían también gran temor que habían de ser muertos por mano de los dioses, ó habían de padecer alguna infelicidad, y así acaecía muchas veces, ó porque el demonio (permitiéndolo Dios) les causaba la muerte con

obras que para ello hacía, para tenerlos más devotos y ligados en aquella penitencia y ceremonias de su servicio, ó porque la imaginación de haber cometido pecado, solía ser tan vehemente, que de pura tristeza se morían.

Componían sus ídolos para estas fiestas con mucho oro y piedras, y envolvíanlos en infinitas mantas, ricamente labradas, poníanlos en unas andas y traíanlos en procesión con mucha reverencia, acompañándolos con gran música de atabales y otros instrumentos musicales, de que ellos usaban, y después de andado por el pueblo, poníanlos en las plazas mayores, las cuales servían en los pueblos para el juego de pelota, y allí delante de los dioses jugaban los señores y principales á la pelota, por hacerles fiesta.

En algunas partes sacaban los ídolos de los templos adonde habían estado desde el principio de la penitencia, y allí les ofrecían sacrificios de poca costa, así como de pájaros é incienso.

En otros pueblos no les sacrificaban sino en ciertas cuevas adonde los tenían escondidos y allí les hacían sacrificios.

En algunas partes también acostumbraban tener y guardar los ídolos en lugares muy es-

condidos, porque así fuesen tenidos en reverencia mayor, porque tenían entendido que de verlos muchas veces, sucedía no reverenciarlos ni estimarlos.

Lo otro, porque los comprovinciales no se los hurtasen, porque esta gente teníanse gran envidia, cuando entendían que había mejores ídolos en unas tierras que en otras y morían por hurtarlos, y á esta causa los escondían.

Tenían por coadjutores los hijos de los nobles y los parientes de los señores cuando eran mancebos y sin casarse, éstos solo sabían adonde estaban los ídolos y tenían cargo de guardarlos, y llevaban las cosas que ofrecían los devotos á los ídolos para ofrenda.

Cuando se determinaba que sacasen los dioses de aquellas honduras y cuevas para traer por el pueblo, estos mancebos nobles los traían á cuevas, y parando de trecho en trecho, le hacían sacrificio de las cosas que les daban, teníanles aquellos días enramados los aposentos y muy llenos de flores, de manera que todo lo bueno era para aquel punto.

El sumo sacerdote, que en algunas provincias lo era el Rey y sumo señor en tiempo de necesidades solía estar cuatro y ocho meses y un año apartado y recogido y allí no comía más

que grano de maíz seco por tostar, y añadíanle algunas frutas, de manera que de todo punto le era prohibido comer cosa que llegase al fuego, tampoco volvía á su casa desde el día que comenzaba la penitencia hasta que la acababa, ni menos conversaba con nadie; el lugar de su aposento era una chozuela muy chica cubierta de hojas verdes, las cuales se las mudaban en marchitándose, y era llamada la casa verde.

Esta choza la hacían en el monte junto al lugar adonde estaban los ídolos.

Aquí hacía penitencia muy áspera y tan cruel que parece cosa increíble.

No se hacía esta áspera vida más de una vez mientras vivía:

Todo el tiempo que estaba recogido hacía sacrificio de todas las cosas que podían ser habidas, salvo de hombres.

Derramaba cada día sangre de las orejas, y otras veces de la lengua, y de los demás miembros del cuerpo, hasta sangrarse del miembro viril.

Esta ofrenda y sacrificio ofrecía á los ídolos por todo el pueblo, como pastor que tomaba sobre sí todos los pecados de los súbditos, cuando se publicaba, como dije, la vigilia, aunque los casados y sacerdotes se tiznaban, los mancebos

se untaban de un almagre colorado, y porque eran diferentes de los casados dábanles todo aquel tiempo por maestro y guía al hijo del señor de la tierra, y si no tenía hijo, el deudo más cercano, con que fuese mancebo.

Este tenía cargo de llamar á los muchachos de siete años arriba y repartíalos én cuadrillas y cada uno tenía su guía y adalid.

Juntábalos á estos para que trajesen leña, porque en este tiempo se gastaba mucha en el templo.

Dormían en los portales, no sólo cuando hacían su ayuno, más aun casi todo el año, porque no les era permitido tratar ni saber de los negocios de los casados, ni aun sabían cuando habían de casarse, hasta el tiempo que les presentaban las mujeres, porque eran muy sujetos y obedientes á sus padres y mayores.

Cuando estos mancebos iban á sus casas á ver á sus padres y madres, teníase cuenta que no hablasen los padres cosa que fuese menos honesta, porque los mozos y doncellas no oyesen cosa de mal ejemplo y fuesen conmovidos á pecar ó á deseo malo.

CAPITULO XVIII

De la cuaresma que tenía la gente de Guatemala y de sus ayunos, de los sacrificios que hacían de hombres, y cómo mataban á sus padres cuando eran viejos.

Ya que los desta provincia sabían el día y tiempo cuando comenzaba su pascua y cuando se hacía el aparejo de ella, comenzaban su ayuno, llamado Cuaresma, porque así entendemos nosotros el ayuno mayor que ellos hacían como nosotros el Cuadagesimal, y esto se hacía con gran recogimiento de parte de todos, así hombres como mujeres.

Los hombres iban al templo á orar, las mu-